

---

---

## LOS DERECHOS HUMANOS DESPUÉS DEL 11 DE SETIEMBRE: DESTINO DE LA HUMANIDAD

*Roger Rodríguez Iturri*

---

### Hombre pecador

**A**l principio creó Dios los cielos y la tierra; transcurrió un tiempo y dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza». «Y conoció el hombre a su mujer, que concibió, y parió a Caín [...]. Volvió a parir, y tuvo a Abel, su hermano. Abel fue pastor y Caín labrador; y al cabo de tiempo hizo Caín ofrenda a Yavé de los frutos de la tierra, y se los hizo también Abel de los primogénitos de su ganado [...]. Y agradóse Yavé de Abel, pero no de Caín». Entonces, Caín dijo a Abel, su hermano: «Vamos al campo». Cuando estuvieron en el campo, se alzó Caín contra Abel y le mató; la tierra se tiñó de sangre. Este es el primer crimen, el primer fratricidio del que nos habla la Historia Sagrada. Envidias, celos y más obnubilan una mente humana y se alza la mano del hermano contra el hermano.

Por el pecado de los primeros, el demonio adquirió un cierto dominio sobre el hombre, aunque este permaneció y permanece libre. Sin embargo, el pecado original entraña «la servidumbre bajo el poder del que poseía el imperio de la muerte, el diablo».

Ignorar que el hombre posee una naturaleza herida, inclinada al mal, da lugar a graves errores para una adecuada comprensión del contexto humano y su trascendencia. Las consecuencias del pecado original y de todos los pecados personales de los hombres confieren al mundo en su conjunto una condición pecadora, que puede ser designada con la expresión de San Juan: «el pecado del mundo» (Jn 1, 29).

Tras la caída, sea la de ayer, de Eva y Adán, o la de hoy, la mía o la tuya, el hombre jamás es abandonado por Dios. Muy por el contrario, Dios, mediante diversas manifestaciones, llama al hombre (cf. Gn 3, 9) y nos anuncia, de modo misterioso, la victoria del bien sobre el mal. San León Magno exclama que «[...] la gracia inefable de Cristo nos da bienes mejores que los que nos ha quitado la envidia del demonio» (Sermón 73, 4). Santo Tomás de Aquino pronunciará con autoridad que: «Nada se opone a que la naturaleza humana haya sido destinada a un fin más alto después del pecado. Dios, en efecto, permite que los males se hagan para obtener de ellos un mayor bien». Y San Pablo anunciará que: «Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (Rm 5, 20). Nos deslumbra el canto del Exultet que adorna nuestro entendimiento y nuestro corazón: «¡Oh feliz culpa que mereció tal y tan grande Redentor!» (*Summa Theologica* 3, 1, 3, ad 3).

Esta situación dicotómica y dramática del mundo hace de la vida del hombre un combate. El hombre emprende una dura batalla contra los poderes de las tinieblas que, iniciada ya desde el origen del mundo, ha de durar hasta el último día según anuncia el Señor.

Tener, poder y placer conforman la nueva trinidad humana y mundana que se propone reemplazar a la Santa Trinidad, divina y eterna, insaciablemente amorosa y caritativa, bondadosa y compasiva. Hoy el demonio nos exhibe su nuevo rostro: egoísmo, ambición, individualismo, insolidaridad, infraternidad e

hipocresía, personal y social, que en todos los casos constituyen hipocresía moral.

Egoísmo es el desprecio por la justicia, la actitud cínica frente a la paz interior y la paz exterior, el soslayo ante el deber y, en fin, la actitud siempre convenida y acomodaticia que nos conduce a vivir el mundo, más allá de los valores y las virtudes, conforme a nuestros intereses y deseos.

Al lado de tantos hombres de buena voluntad que han transcurrido y transcurren por el mundo intentando la paz y el bien, existen otros que, desde la trinchera de enfrente, parecen intentar ganar la mano y proponen el mundo que hoy nos toca vivir. El evangelista Lucas nos describió a Lázaro como el mendigo lamido por perros que yacía en el portal del hombre que vestía de púrpura y «Sólo deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico, pero silenciosa y resignadamente». Hoy, en frase del nuevo evangelista, «[...] son los pueblos hambrientos los que interpelan con acento dramático a los pueblos opulentos». Las palabras de Pablo VI en *Populorum progressio* mantienen una dramática vigencia: el mecanismo económico imperante, hoy diseñado —nos dice—, conduce al mundo hacia una agravación en la disparidad de los niveles de la vida humana. Hoy, innumerables sectores de la población —agrega—, permanecen en condiciones de vida y de trabajo verdaderamente indignas de la persona humana.

### **Fronteras de sangre**

Y es que el mundo ha sido trazado sobre la base de la violencia. Es claro que la violencia se expresa por medio de diversas formas de manifestación: unas encubiertas, otras descaradas.

Un caso recurrente en la historia de la vida humana es la violencia de la guerra, que ha acompañado a la humanidad a lo largo de todos los tiempos. El poder de la piedra, del hierro y el acero, de la pólvora, del misil o del cohete, y de la sofisticada cabeza nuclear sirven para demarcar el mundo y para dividir los derechos y las obligaciones de los hombres.

El mundo, entre otras carestías, es en esencia injusto porque ha sido delineado por la fuerza. Es cierto que el hombre o el pueblo ocioso nada tienen que reclamar, pero resulta innegable que ha sido la violencia guerrera o militar, y sus demás egoísmos, la que ha dibujado el mundo y sus características.

Un retrato empírico de miles de años de historia resulta patético. Chou-Siang, rey chino de Tsín (255 a.C), destruyó por la fuerza a la dinastía Chou, y los arios (1500 a.C), pueblo guerrero y pastor del Asia Central, penetraron con la violencia armada en el norte de la India. Fueron, entonces, los *yüehchih* los implacables invasores y fundadores de un imperio que perduró hasta el siglo III de nuestra era.

Los hicsos, tribu semita, diecisiete siglos antes de nuestra era, invadieron Egipto e introdujeron el caballo, el carro de guerra y las armas de bronce.

Thutmosis III y Ramsés II alcanzaron su gloria como faraones egipcios a fuerza de expansiones militares. Persas, griegos, romanos y, en la Edad Media, árabes conquistaron militar y sucesivamente el país del Nilo. El celeberrimo Código de Hamurabi, de unos dos mil años antes de Cristo, sancionó con pena de muerte a los omisos al servicio militar; y, en su momento, los asirios se distinguieron por su reconocido espíritu guerrero y conquistador.

Sargón y Asurbanipal fueron el paradigma del monarca guerrero. Se atribuye a los asirios la creación del servicio militar obligatorio, la invención de la caballería como arma de combate, el carro de guerra y el casco de acero. Nabucodonosor II conquistó Jerusalén y selló la historia con el llamado

«cautiverio babilónico» (judíos conducidos a Babilonia en condición de cautivos en el siglo V a.C.).

Sidón, la histórica ciudad fenicia, entró en decadencia al ser saqueada por los filisteos, para luego ser destruida completamente. El Cartago fenicio, situado en la parte norte del África, frente a Sicilia, se llegó a convertir, a punta de espada, en dueño del Mediterráneo occidental para rivalizar con griegos y, luego, romanos, frente a los que sucumbirían en las famosas Guerras Púnicas, 146 años a.C.

Palestina, el histórico pueblo hebreo, resultó ocupado desde tiempos muy antiguos por tribus diversas: cananeos, filisteos, hebreos y persas.

Saúl libró batalla contra filisteos, amonitas y amalecitas. David, el auténtico forjador de la monarquía del estado hebreo, al guerrear contra las tribus enemigas pacificó el país, pero extendió sus dominios desde el Mar Rojo hasta el río Eufrates.

El conquistador persa Ciro ocupó Mesopotamia, liberó a los israelitas de Babilonia y sometió Palestina. Los hebreos sufrieron sucesivamente el imperio militar macedonio, el romano, el árabe (en la Edad Media) y el inglés (en los llamados tiempos contemporáneos).

Los medo-persas han pasado a la historia como extraordinarios jinetes y valerosos guerreros. El encumbramiento de Persia como gran imperio fue obra del extraordinario espíritu conquistador de sus dos más grandes soberanos: Ciro el Grande y Darío I, el gran rey. Fue este último quien sometió parte de la India y Tracia, que es la actual Turquía, e intentó subyugar la Rusia meridional. Su guardia real, denominada «los inmortales», ha iluminado las páginas guerreras de la historia.

Célebres fueron las Guerras Médicas entre griegos y medo persas, en defensa de la libertad y de la independencia de su territorio. Maratón, el

paso de las Termópilas, y los combates de Salamina, Platea y Micala llenaron de gloria a los guerreros y erigieron Atenas, quinientos años antes de Cristo, en la primera potencia marítima, comercial e industrial de Grecia. Retratado ha quedado el fiero diálogo entre Jerjes y Leonidas. El rey persa, Jerjes, al frente de su ejército, sabedor de que Leonidas le espera en las Termópilas, ruge: «Rinde tus armas»; «Ven a tomarlas», responde el valeroso jefe espartano. Sobre la tumba de los guerreros espartanos muertos en las Termópilas, se grabaron históricas palabras: «Viajero, ve y di a Esparta que aquí reposan 300 ciudadanos tuyos que murieron por obedecer tus leyes».

Los griegos rindieron culto, por su valor y heroísmo, a personajes de fábula como Heracles o Hércules, Teseo, Orfeo, Aquiles. Fueron los soldados de Esparta los que relucieron por su bravura. Licurgo dijo: «Las murallas de Esparta son sus ciudadanos». La educación ateniense, notable para su tiempo, intelectual, moral, artística y política, implicó una exquisita preparación físico-militar. Después de las Guerras Médicas, Atenas se convirtió en la primera potencia del mar Egeo y su marina fue paradigma de toda la Hélade. Imposible resulta desconocer que el apogeo de Atenas involucró un espectacular florecimiento cultural de las artes, las letras, las ciencias y la filosofía, en parte eclipsado por las guerras del Peloponeso.

Los macedonios, también de origen heleno, ingresaron en escena. Filipo II sometió a la Hélade griega, y su hijo, Alejandro el Magno, el glorioso conquistador de la humanidad, sometió a parte de Asia Menor, Persia y Egipto, y consolidó así un fabuloso imperio.

Los galos de raza aria o indoeuropea, de cultura muy atrasada también constituyeron excepcionales guerreros y conquistadores. Los latinos se establecieron en la Italia central, entre Etruria y Campania; en Lacio, a la ribera del Tíber, surgiría la legendaria Roma, desde donde dominaron a

todas las tribus itálicas para someter sucesivamente a etruscos, griegos y cartagineses. De este modo, se consolidó la unidad de Italia en el siglo VI a.C.

Roma fue conquistadora, pero primero intentó asegurar su propia existencia. Entonces, dominó desde la Galia Cisalpina hasta las proximidades de Sicilia; los romanos luego se abalanzaron contra Cartago por la hegemonía del Mediterráneo y, convertidos en primera potencia, enrumbaron sus legiones hacia Europa, Asia y África.

No obstante, las luchas intestinas en el imperio más grandioso de entonces fueron continuas y devastadoras. El Imperio Romano de Occidente no duraría mucho tiempo: en el año 476, su último soberano, Rómulo Augústulo, será destronado por Odoacro, rey de los bárbaros hérulos, y culminará la Edad Antigua.

El Imperio Romano de Oriente sobrevivirá hasta 1453, año en que los turcos mahometanos capturarán Constantinopla y pondrán fin a la Edad Media. Después los bárbaros acosarán Roma. Los visigodos, con Alarico, los suevos, alanos y bárbaros; los anglos y sajones; y los feroces hunos de Atila castigarán el imperio. En España, los visigodos; en Italia, los ostrogodos; en las Galias, el reino franco; y en Inglaterra, el anglosajón cimentarán la presencia del elemento bárbaro en Europa. Se produce entonces una de las más importantes mixturas culturales en la historia universal: el encuentro entre el elemento bárbaro, el cristiano y el romano.

Carlomagno, el hábil político-administrador, al frente del reino franco asombrará con sus 56 expediciones militares que plasmarán el vasto imperio carolingio y abracarán territorios que hoy corresponden a Francia, Bélgica, Holanda, Alemania, Suiza, Hungría, Italia y España, hasta la muerte del gran emperador allá por el año 814 de esta era cristiana.

En el siglo VII, Mahoma ya habrá trocado la prédica y el discurso por la Guerra Santa: «No hay más dios que Alá y Mahoma su profeta». Abu-Béker somete Damasco, Antioquía y Jerusalén; Egipto cae en manos de Amrú; y los árabes sojuzgan a los países del norte de África: Trípoli, Túnez, Argelia y Marruecos. En el oriente, proseguirán sus conquistas, y en su camino a la India, ocuparán Persia.

En el año 711, Tarik, con doce mil hombres, invade España y vence en Guadalete al rey visigodo Don Rodrigo: los árabes se posesionarán durante ochocientos años de la península. El imperio musulmán ha de expandirse desde la India hasta el Atlántico, asimismo capturará los Santos Lugares (Jerusalén), origen de las Cruzadas, que en número de ocho enrumbarán a Palestina, Egipto, Constantinopla y África del Norte. En estos lugares, se hicieron célebres Pedro el Ermitaño, Gualterio sin Haber, Godofredo de Bouillon, San Bernardo, Luis VII, Conrado II, Federico Barbaroja, Felipe Augusto (Rey de Francia), Ricardo Corazón de León, Balduino de Flandes y otros, quienes en la segunda y tercera Cruzada enfrentan al celeberrimo y casi imbatible, como excepcional, sultán Saladino.

Este histórico relato de miles de años de realidad deja el claro reflejo de un mundo antiguo parcelado militar, política, social, económica y culturalmente por la fuerza y la violencia. Otro tanto ocurrirá, sin más ni menos, en la Edad Media, en la postmoderna y hoy. Por otro lado, dejar de reseñar que dentro de estos pueblos conquistadores, aún triunfantes, no habitó la paz, es absurdo. Existieron siempre poderosos y sometidos en la «paz» y en la guerra.

Un breve ejemplo histórico nos sirve de guía. Como consecuencia de las conquistas romanas, se presentó en Roma, en la Roma republicana y poderosa, luego en el más grande imperio de la humanidad, el problema de la desigualdad social. Los más ricos lo poseían todo: tierras, dinero, el monopolio

del gobierno, y formaban parte de la nobleza; los pobres, en cambio, llevaban una vida miserable. Tal ambiente jamás permitió la unidad del pueblo romano, ni menos el equilibrio de su gobierno. Entonces, se produjeron conspiraciones, insurrecciones y enconadas luchas sociales intestinas. El egoísmo, la mezquindad, la avaricia, en suma, la inmoralidad se enfrentó a romanos de sana intención, de recto juicio, excelsos y de nobles ideales, como Tiberio y Cayo Graco, hijos del célebre Escipión el Africano y de la virtuosa dama Cornelia; fueron Tiberio y Cayo, Tribunos de la Plebe y apóstoles de la libertad humana.

### **Paz en la tierra**

El cristianismo, con la sangre de todos sus mártires, había ya echado raíces en la primera mitad del siglo I de nuestra era y transformaba el mundo. Su doctrina, de hondo contenido espiritual, pura y noble, orientaba la conducta del hombre hacia la práctica del bien. En medio de un mundo injusto, como el de ayer y hoy, corrompido e inhumano, predicaba y predica la caridad, la dignidad, la libertad, la fraternidad, la igualdad, la justicia, la solidaridad, la nobleza, la humildad, la grandeza de la pobreza, y la paz, como bien supremo. Enseñó el cristianismo que el primero y el mayor de los deberes del hombre es amar a Dios y al prójimo como a sí mismo; enseñaba y enseña a perdonar de todo corazón al ofensor, a amar a los que nos odian; enseñaba y enseña la suavidad, la humanidad, la misericordia y la paciencia ante los sufrimientos. Enseñó y enseña que Dios no conoce ni ricos ni pobres, ni libres ni esclavos, sino a los hombres de buena voluntad a los que les reserva la gloria infinita. Cuando triunfa el cristianismo, el cristianismo auténtico, el del Evangelio, se desploman los pilares que sostienen un mundo materialista,

injusto y pervertido, acostumbrado a verter la sangre humana y a vivir del sudor de millones de esclavos. La auténtica teoría cristiana, la evangélica, la que predicó Jesús, desarticula un mundo con amos y siervos, y elimina el predominio de la fuerza como único derecho. El «Hijo del Carpintero de Nazaret» estableció que la caridad (escuela de donación, de entrega de la persona en sí misma, y base de la paz) es la ley suprema de la vida.

A su vez, el quinto mandamiento de la ley de Dios condena la destrucción de la vida humana. La guerra justa solo puede considerarse bajo condiciones estrictas de una legítima defensa; en otros términos, es indispensable que el daño causado por el agresor carezca de solución por medios pacíficos, y que el empleo de las armas no entrañe males y desórdenes más graves que el mal que se pretende eliminar, ya que la persona y la vida humana son sagradas. Desde su inicio, la vida es fruto de la acción creadora de Dios y permanece siempre en una especial relación con el Creador, su único fin. Solo Dios es Señor de la vida, desde su comienzo hasta su término; nadie, en ninguna circunstancia, puede atribuirse el derecho de matar de modo directo a un ser humano inocente (CDF, instr. *Donum vital*, intr. 5)

### **Humana dignidad natural**

Bastante antes de la Revolución Francesa, casi dos siglos antes, el cristianismo instauró, con el Evangelio, los derechos humanos en el mundo. Sin duda, fue el cristianismo el neto precursor de esa tríada monumental de la humanidad: libertad, igualdad, fraternidad. Solo que el cristianismo, recogiendo de su naturaleza la esencia de la misericordia, introdujo la caridad como virtud central y sustrato para la realización del hombre y del mundo. La dignidad del hombre, su grandeza esencial, deriva de su aptitud para realizar los valores.

El derecho natural no se impone solamente por la racionalidad de sus preceptos, como querían Grocio y su escuela, sino porque una voluntad superior lo ha establecido en la naturaleza social como definieron Vitoria y Suárez. Si el hombre está llamado a un destino de salvación, es porque tiene derecho a todo lo necesario para cumplirlo. La misma ley natural que nos ha impuesto los deberes fundamentales nos ha concedido correlativamente esos derechos fundamentales. La idea de los derechos humanos, por tanto, deriva del concepto cristiano de dignidad y valor esencial de la persona humana.

Desde la antigüedad, los hombres de buena voluntad han buscado una ecuación que permita la coexistencia de la autoridad y la libertad, equilibrando las prerrogativas del poder con los derechos del pueblo. Los derechos fundamentales, definidos claramente con la Declaración de la Independencia de los Estados Unidos y, sobre todo, a partir de la Revolución Francesa, derivan de dos ideas matrices: libertad e igualdad. Libertad e igualdad son inseparables y concordantes. El goce de todo derecho está condicionado al respeto de los derechos ajenos, por lo que no cabe imaginarse como derechos absolutos: no hay, no existe derecho absoluto.

Los ideólogos de las revoluciones americana y francesa, inspirados en la escuela del derecho natural, sostuvieron firmemente la existencia de derechos inherentes al hombre y anteriores a toda asociación política. El Estado democrático nació bajo una ideología liberal, fruto mixto del racionalismo francés y del individualismo británico. El primero proclamaba la libertad abstracta, en tanto que el segundo se caracterizó por el apego a las libertades tradicionales, ganadas en una larga lucha concreta. A fines del siglo XVIII vino a recogerse en declaraciones expresas una tradición jurídica milenaria, particularmente señalada desde Santo Tomás de Aquino y sus continuadores distantes, los jusnaturalistas del Renacimiento y de la

Ilustración. Ya desde el advenimiento de Guillermo y María al trono inglés, a fines del siglo XVII, la doctrina del jusnaturalismo se hizo poderosa y luego predominante a través del despotismo ilustrado, primero, y de la revolución francesa, después.

La existencia de un conjunto de derechos que configuran la libertad del individuo frente al poder ha sido proclamada con el carácter de dogma por el siglo de las luces en declaraciones de carácter concreto. La primera ha sido la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de América de 1776, llamada, con razón, piedra miliar en la historia del hombre, que enuncia con sencillez patricia verdades eternas en que se funda el Estado democrático. De las frases iniciales, merecen relieve aquellas que establecen la posición ideológica fundada en el derecho natural:

Consideramos como verdades evidentes que todos los hombres nacen iguales; que están dotados por el Creador de ciertos derechos inalienables; que entre éstos figuran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad; que para asegurar esos derechos se instituyen entre los hombres los Gobiernos, los cuales derivan sus justos poderes del consentimiento de los gobernados. Que cuando quiera que una forma de gobierno tienda a destruir esos fines, el pueblo tiene derecho a reformarla o abolirla e instituir un nuevo gobierno, fundándolo en aquellos principios y organizando sus poderes en la forma que parezca mejor para garantizar su seguridad y su felicidad.

La Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, adoptada solemnemente por la Revolución Francesa en 1789, es más orgánica: declara que los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos, atribuye la soberanía a la nación y funda el poder en la mayoría.

Asimismo, cuenta con el mérito inmenso de haber extendido por el mundo entero, en frases claras y rotundas, los principios democráticos y la fe en la razón. Después de la primera guerra mundial, los nuevos textos constitucionales la adicionaron con las llamadas garantías sociales, superando con la corriente llamada «constitucionalismo social» el criterio individualista del siglo burgués.

La Declaración Universal de Derechos Humanos, proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas, reunida en París en el año 1948, ha sido concebida para ser aplicada a todos los pueblos de la tierra. Su armoniosa redacción es suficientemente explícita. Ella constituye una cerrada defensa de la persona humana; de la vida, de la dignidad, la libertad, la igualdad y más. En una treintena de preciosos artículos instala los derechos del hombre y los reconoce como fin supremo de la sociedad y del Estado.

### **Lobos rapaces**

Sin embargo, la situación y el tiempo que vivimos hoy son difíciles. Pero estas dificultades, este malestar, no se deben a fuerzas misteriosas, sobrehumanas, incontrolables que se ciernen sobre la humanidad. La raíz de este mal está en el mismo hombre, en la opción que hace sobre sistemas de propiedad, de producción, de gobierno, de comercio... La pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas opresoras, aunque, sin duda, haya también otras causas de miseria (*Puebla*, 30). Los cristianos, con el Evangelio en la mano, tenemos la obligación, el deber, de denunciar las estructuras inhumanas y anunciar la liberación de millones de oprimidos: el cristiano real ama al hombre. Por consiguiente, lo que sucede hoy en el mundo no responde a la expresión de una fiel aplicación del pensamiento cristiano ni de las exigencias evangélicas. El propio Papa

Juan Pablo II, en *Redemptor hominis*, a propósito del drama social del mundo, nos dice: «Las estructuras, los mecanismos financieros, monetarios, productivos y comerciales, apoyados por diversas presiones políticas, rigen la economía mundial; y se revelan incapaces de absorber las injustas situaciones sociales heredadas del pasado».

Nosotros, con el Evangelio, con el Vicario de Cristo, y conformes con la doctrina de la Iglesia, proclamamos que el cambio social es necesario, pero que los compromisos de cambio alimentados por el odio no pueden jamás tener su origen en una visión de la realidad iluminada por Cristo. Persistentemente, los cristianos debemos insistir en un cambio real y radical del mundo, de sus políticas y de sus instrumentos. Dicho cambio debe ser sostenido por ideas audaces e innovadoras que permitan un amanecer distinto, de paz real en los corazones y en las estructuras, cimentado todo ello en una inédita e indispensable revolución, firme, pero pacífica.

A continuación, indagaremos cómo anda el sentido de justicia y solidaridad entre los Estados que rigen los destinos en los pueblos de la humanidad.

Hace algunos años, a comienzos de la década del setenta, la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo, recomendaba en Santiago de Chile que el mundo rico transfiriera recursos al mundo pobre a un nivel del 1% de su Producción Nacional Bruta; sin embargo, no hay un solo país del mundo rico que cumpliera entonces con esa recomendación. Los que más se acercaron a la meta no fueron precisamente los más ricos entre los ricos, sino Suecia y Holanda, que llegaron al 0,82%, y Noruega con el 0,71%; mientras que el Japón transfirió al mundo pobre el 0,20%, Estados Unidos, el 0,26% y la Gran Bretaña, el 0,38%. Luego, los periódicos dieron cuenta de que Suecia, uno de los chicos entre los grandes, dió esa

vez el 1% de su Producto Nacional Bruto para impulsar el desarrollo de países del Tercer Mundo. Sin embargo, no pasaron muchos meses desde que los mismos diarios nos dieron otra noticia bastante menos alentadora: el Senado de Estados Unidos había reducido en un 5% la ayuda al desarrollo de los países pobres.

¿Quieren ayudarnos? ¿Tienen realmente algún interés en que nosotros alcancemos modelos de prosperidad como los suyos?

Es verdad que a la ayuda pública se añade a veces una ayuda privada y que, con ella, algunos países como Estados Unidos, la República Federal Alemana, Holanda y Bélgica lograron alcanzar el 1% prometido, pero esto es absolutamente insuficiente. Y si esta es la ayuda que prestó al Tercer Mundo el mundo capitalista rico, ¿cuál es la ayuda que nos prestó el mundo rico comunista? En 1976, la ayuda del mundo rico comunista fue 22 veces menor que la del mundo capitalista. Las aportaciones netas del mundo comunista, incluso de la ex Unión Soviética y la China Popular, fueron menos de la mitad de la ayuda de la República Federal Alemana. Y en 1977 la República Federal Alemana dio, ella sola, dos veces y media más que toda Europa comunista junta. Y esto para no hablar de las condiciones en que se nos brindó esa ayuda: los plazos graciabiles, los tipos de interés, los plazos de amortización, las aportaciones a fondo perdido. ¿Nos están ayudando?

Y no se diga que el volumen tan magro, tan exiguo, tan a cuenta gotas con que vino la llamada «ayuda» financiera del mundo rico fue así porque el mundo rico no tenía recursos suficientes, ya que si no los hubiese tenido, no gastaría entonces 40 mil millones de dólares anuales en armamentos, de los que más del 50% correspondieron a los Estados Unidos y a la ex Unión Soviética. El 50% de esa suma realmente astronómica, el 50% de lo que estos países gastan en armamento, nada más que el 50%, habría servido

para cancelar toda la deuda pública del Tercer Mundo (200 mil millones), es decir, con solo dejar de armarse medio año el mundo rico, toda la deuda pública del mundo pobre, naturalmente también la del Perú, habría sido cancelada, pero no lo hicieron, ya que para ellos más importante era armarse que ayudar al mundo pobre. Alfred Kastler, Premio Nóbel de Física, hizo notar que con el 5% de lo que el mundo rico capitalista y comunista gastaba en armamento se solucionaría el problema de la pobreza en el Tercer Mundo; y otro Premio Nóbel, esta vez de Economía, Vassily Leontief, acusó con términos muy duros a los Estados Unidos y a la ex Unión Soviética (él es un hombre nacido en la ex Unión Soviética y nacionalizado norteamericano, así que sabe de qué está hablando) de hipocresía política, ya que después de salir de las reuniones en que fatigosamente, milímetro a milímetro, se avanzaba en el acuerdo SALT, empezaban a imaginar qué otra clase de armas podían empezar a fabricar para eludir los términos del acuerdo.

Armar y equipar a un soldado norteamericano o soviético (para los efectos, da igual) costaba lo mismo que educar a ochenta niños en el Tercer Mundo; comprar o fabricar un solo bombardero soviético o norteamericano habría servido para erradicar durante diez años las epidemias de viruela en el mundo pobre; un submarino equipado con misiles nucleares costaba lo que costaría fabricar en el mundo pobre 450 mil casas modestas. Lo que estos países gastaron en armamento duplicó el Producto Nacional Bruto de toda el África, incluso contando la producción industrial de Sudáfrica y todo el petróleo de Libia, e igualó el Producto Nacional Bruto de toda Latinoamérica, incluyendo los tres pequeños grandes: Brasil, México y la hoy decadente Argentina. Podemos decir, entonces, que el mundo rico no tiene recursos financieros para ayudar, si quisiera, al mundo pobre a resolver sus problemas.

Y no es solamente que ellos gasten astronómicas y suicidas cantidades de dinero en preparar la destrucción del mundo, sino que encima de esto nos venden armas a nosotros. El SIPRI, ese conocido y muy serio Instituto de Investigación para la Paz que funciona en Estocolmo, señaló que, en 1977 —y el despropósito no ha variado mucho hoy—, el mundo pobre, ese mundo que se muere de hambre, que no tiene viviendas, que no tiene agua potable, cuyos niños mueren de parasitosis, compró 8 mil 160 millones de dólares en armas. ¿Quién se las vendió?: el 38%, los Estados Unidos; el 34%, la ex Unión Soviética; el 9%, Gran Bretaña, el 9%, Francia.

Todo este ejemplo aquí narrado no es obsoleto ni trasnochado, sino que constituye parte real y vívida de la conducta política de la gran mayoría de los Estados hoy en el mundo.

¿Puede sorprender que, en estas condiciones, un neologismo, el de la *calcutización*, haya tomado carta de ciudadanía en los estudios sociológicos que se hacen en el mundo pobre? Se sabe que en Calcuta, por las mañanas, camiones municipales recogían los cadáveres de los muertos de hambre la noche anterior. ¡El ser humano, el rey de la creación, el agente de todo el acontecer histórico, el protagonista de la historia, recogido como basura en una operación rutinaria de baja policial! Y ese fenómeno no solo está ocurriendo en Calcuta, está empezando a ocurrir en el resto del mundo pobre. ¿Quieren verdaderamente ayudar?

Y en esas condiciones, se puede justificar que no sean ellos capaces de cumplir la recomendación de que el 1% de su Producto Bruto, un dólar de cada cien, sea dedicado a ayudar a más de cien países del mundo pobre, que no están, por lo demás, pidiendo una limosna, sino pidiendo justicia social internacional, puesto que la riqueza de los poderosos se funda en buena parte, histórica y actualmente, en la pobreza del Tercer Mundo.

Tomemos tres pilares de la banca hegemónica universal vinculada a nuestra realidad. ¿Será acaso que el FMI (Fondo Monetario Internacional), o el Banco Mundial o el Banco Interamericano de Desarrollo, con su actual ideología económica y financiera, tal como están diseñados, serán capaces de asegurar un cambio crucial de las estructuras sociales del mundo? La respuesta la tienen la historia y la realidad de los pueblos de América del Sur.

### 11 de septiembre

En el Perú se iniciaba la Cita de Cancilleres de la OEA para aprobar la Carta Democrática Interamericana; desde este lado del mundo se profería un grito por la paz de la humanidad. De pronto, la atención del orbe se centró en Nueva York y en Washington, uno de los más irracionales y despiadados ataques terroristas se había perpetrado: dos aviones comerciales impactaron contra las torres del World Trade Center e hicieron añicos las moles de cemento newyorquinas. Al rato, un tercer avión comercial impactó dramáticamente contra el Pentágono en Washington, lo que generó en el mundo una inusitada sensación de terror e inseguridad. Las primeras cifras mencionadas por la televisión pronosticaban unos 10 mil muertos en Nueva York y otros ochocientos en el Pentágono. En tanto se afirmaba que el Presidente de los Estados Unidos, George Bush, y la Casa Blanca se habrían salvado esa misma mañana del desastre, pues eran el blanco predilecto al que apuntaba el terrorismo.

Ese mismo día, mientras algunos grupos islámicos del Medio Oriente condenaban los ataques contra los símbolos del poder económico y militar de los Estados Unidos, y el grupo fundamentalista más grande de Egipto,

la Hermandad Musulmana, declaraba las acciones terroristas contrarias a su fe, Estados Unidos, con argumentos de inteligencia, imputó el brutal suceso al líder terrorista Osama Bin Laden y al respaldo otorgado por el gobierno talibán de Afganistán. De inmediato, las trincheras de guerra se trazaron. El Presidente de los Estados Unidos prometió, sin más, «una campaña amplia, arrasadora y sostenida». «Estamos en guerra», dijo. «Si un país o grupo viola nuestra tierra, no olvidarán jamás nuestra venganza», respondió Abdul Hai Mutman, vocero talibán, y añadía el líder supremo talibán, Mullah Mohammed Omar, en enérgico modo mandatario: «resistir con valor, con paciencia y con honor, y jamás arredrarnos ante la bestia blanca».

En el libro *Choque de civilizaciones*, Samuel Huntington anunciaba ya, hace cuando menos un quinquenio, que la culminación de la guerra fría ideológica podría tener como prolongación el inicio de un conflicto, esta vez cultural, entre la civilización occidental y otras ajenas a ella. Lo que parece hacerse visible de nuevo, hoy, es una suerte de discutido fanatismo religioso, con inmensurables soportes financieros y perspectivas políticas, diseñado a base de redes a escala mundial y propietario de una tecnología de combate, tal vez, impredecible. Bruce Hoffman, científico escocés experto en terrorismo, relata en *A mano armada* que «el terrorismo de esta naturaleza es un acto sacramental o un poder divino que debe ser ejecutado para responder a una exigencia o mandato teológico».

El terrorismo religioso puede ser más salvaje que el propio terrorismo de naturaleza política, debido a que sus propósitos en vez de ser selectivos son corrientemente fanáticos e indiscriminados. Si bien su aparición data como fenómeno de escala planetaria desde los años ochenta, tiene experiencia y antecedentes en movimientos anticolonialistas y nacionalistas.

### ¿El islam en yihad...?

Mahoma es el fundador del islam; de profeta radical evolucionó hasta sutil y ponderado hombre de Estado, hombre piadoso y convencido de su verdad. Para el islam y el Corán, libro sagrado de los musulmanes, solo existe un dios: Alá.

En el islam, hay una teología genuina, pero vinculada a lo jurídico, y posee escuelas jurídicas interpretativas (la Hanafita, la Malequita, la Shafita y la Hambalita). El islam como religión se expandió por Europa y Asia, pero sufrió escisiones. Los chiítas son una minoría separada de la mayoría de los musulmanes sunnitas y representan un 15% de los musulmanes de hoy. Su escisión se remite a los orígenes de esta religión y proviene del litigio por el caudillaje legítimo musulmán. Es para ellos real sucesor de Mahoma, Ali, primo y yerno de este.

La activa esperanza que la Chía profesa en un reino terrenal de justicia e igualdad ha caracterizado a esta doctrina como receptáculo de la inquietud social y revolucionaria. Empero, asuntos teológicos y de fe, dividen a los chiítas. De otro lado, muchos musulmanes políticamente orientados criticaron el individualismo y el egoísmo de la sociedad europea y, en ocasiones, su desagrado tomó forma de censura contra el capitalismo, y proclamaron, con conciencia propia, que el islam era un tercer camino. Así clamaba un conocido grito de guerra islámico: «¡Ni Oriente, ni Occidente: el islam!».

Aproximadamente 1.200 millones de musulmanes conviven hoy en la humanidad. Tanto con el rezo de las plegarias cinco veces al día, como ayunando en el Ramadán o dando la *sakat*, una contribución islámica para los pobres, los pueblos musulmanes del mundo observan los rituales y la piedad del islam con gran regularidad y emoción. El islam ha sido la base para la unidad de los pueblos diversos y multiétnicos de toda la región, mientras

que la *yihad* o guerra santa, ha aportado un principal factor de movilización del nacionalismo en épocas de expansión o de resistencia.

### Feroces guerreros islámicos

Los talibán, en su momento, aparecieron en escena. Proceden de los pashtunes, grupo étnico mayoritario que constituye aproximadamente el 4% de los veinte millones de afganos, y cuyo origen se remonta a Qais, compañero del profeta Mahoma. Los pashtunes gobernaron Afganistán a lo largo de tres siglos, pero recientemente otros grupos étnicos más reducidos se habían hecho dueños del país. Las victorias de los talibán hicieron resurgir las esperanzas de que los pashtunes dominarían de nuevo Afganistán y la región. Sin embargo, los talibán habían efectuado una interpretación extrema de la *sharia*, o ley islámica, que consternaba a muchos afganos y a una parte del mundo musulmán. El tipo de fundamentalismo islámico de los talibán es tan extremo que parece empañar el mensaje de paz y tolerancia del islam y su capacidad de convivir con otras religiones y grupos étnicos. En Pakistán y Asia Central inspirarán una nueva forma de fundamentalismo extremista que rechaza comprometerse con los valores tradicionales, las estructuras sociales y los sistemas estatales existentes en el islam. No obstante, los talibán han establecido, sin darse cuenta, un nuevo programa de radicalismo islámico en toda la región, y han enviado ondas de choque a través de sus vecinos de Afganistán. No es sorprendente que Irán, Turquía, India, Rusia y cuatro de las cinco repúblicas de Asia Central (Uzbekistán, Kazajstán, Kirguizistán y Tayikistán) hayan apoyado la alianza septentrional contra los talibán. En cambio, Pakistán y Arabia Saudí los han apoyado, lo que, tras la Guerra Fría, generó una polarización sin precedentes en la región.

A medida que se intensifica la batalla por los oleoductos y gasoductos en Asia Central, a parte del mundo islámico y a Occidente les preocupa también la posibilidad de que los talibán representen el nuevo futuro del fundamentalismo islámico, agresivo, expansionista e intransigente en sus exigencias más puristas de retroceso de la sociedad afgana a un modelo imaginado de la Arabia del siglo VII, en los tiempos del profeta Mahoma. Occidente también teme las repercusiones del tráfico de drogas, en continua expansión desde Afganistán, y el hecho de que los talibán cobijaran a terroristas internacionales, tales como el extremista saudí Osama Bin Laden, cuyo grupo Al'Qaeda llevó a cabo los devastadores atentados con bombas en las embajadas estadounidenses de Kenia y Tanzania en agosto de 1998.

Entre esos miles de reclutas captados por los talibán, había un joven estudiante saudí, Osama Bin Laden, hijo del magnate de la construcción Yemen Mohammed Bin Laden, amigo íntimo del difunto monarca Faisal, y cuya empresa había amasado una riqueza fabulosa gracias a los contratos para renovar y ampliar las sagradas mezquitas de La Meca y Medina. Bin Laden estudió para obtener un máster de administración comercial en la Universidad Rey Abdul Asís de Yidda, pero pronto se decantó por los estudios islámicos. Es alto y delgado, mide 1.95 metros, tiene largos miembros y una barba abundante, y destacaba por encima de sus compañeros, quienes le recordaban como un hombre tranquilo y devoto, pero difícilmente destinado a hacer grandes cosas. Es un multimillonario fanático. Bin Laden, entabló amistad con el mulá Mohammed Omar, máximo dirigente talibán. En 1997, se trasladó a Kandahar y se puso bajo la protección de los talibán.

En agosto de 1996, un informe del Departamento de Estado norteamericano indicó que Bin Laden era «uno de los patrocinadores financieros más importantes de las actividades del extremismo islámico en

el mundo». Según ese informe, Bin Laden financiaba los campamentos terroristas en Somalia, Egipto, Sudán, Yemen y Afganistán. En abril de 1996, el presidente Clinton firmó la ley antiterrorista que permitía a Estados Unidos inmovilizar los bienes de las organizaciones terroristas. Esta ley se utilizó por primera vez para bloquear el acceso de Bin Laden a su fortuna, que según los cálculos oscilaba entre doscientos cincuenta y trescientos millones de dólares. Al cabo de unos meses, los servicios secretos egipcios declararon que Bin Laden entrenaba a un millar de militantes, una segunda generación de afganos árabes, para que llevaran a cabo una revolución islámica en los países árabes.

El 23 de febrero de 1998, durante una reunión en el campamento original de Khost, todos los grupos asociados con Al'Qaeda firmaron un manifiesto bajo la égida del Frente Islámico Internacional para la yihad contra Judíos y Cruzados. El manifiesto decía que «[...] durante más de siete años Estados Unidos ha ocupado las tierras del islam en el más sagrado de los lugares, la península arábiga, saqueando sus riquezas, dando órdenes a sus dirigentes, aterrorizando a sus vecinos y convirtiendo sus bases en la península en una punta de lanza con la lucha contra los pueblos musulmanes vecinos». En esa reunión, se promulgó una trascendental *fatwa* o sentencia legal: «La decisión de matar a los norteamericanos y a sus aliados, civiles y militares, es un deber individual de todo musulmán que pueda hacerlo en cualquier país donde sea posible». Bin Laden había formulado un plan de acción que no solo tenía la mira puesta en la familia real saudí o los norteamericanos sino que llamaba a la liberación de todo el Oriente Medio musulmán.

Samuel Huntington, en el *Choque de civilizaciones*, escribió:

[...] la guerra contra los ex soviéticos dejó tras ella una inestable coalición de organizaciones islamistas empeñadas en promover el

Islam contra todas las fuerzas no musulmanas. Dejó también un legado de pericia y luchadores experimentados, campamentos de entrenamiento e instalaciones logísticas, complejas redes de relaciones personales y entre organizaciones que trascendían el Islam, una considerable cantidad de equipamiento militar, que incluía entre trescientos y quinientos misiles Stinger de procedencia inexplicada y, lo que era más importante, una embriagadora sensación de poder y confianza en sí mismos por lo que habían logrado el enérgico deseo de obtener otras victorias.

### **Arcas inmorales**

¿Cómo se financian los propósitos expansionistas y bélicos de toda esta corriente en el mundo? Funcionarios del Programa de Control de Drogas de las Naciones Unidas (UNDCP) informaron que, en 1996, tan solo la provincia de Kandahar (centro talibán principal en Afganistán) produjo 120 toneladas métricas de opio cosechadas en campos de adormidera que tenían una extensión de 3.160 hectáreas. Un incremento asombroso desde 1995, cuando en 2.460 hectáreas se produjeron solo 79 toneladas métricas. Entonces, en 1997, cuando el control de los talibán se extendió a Kabul y más al norte, la producción de opio de Afganistán experimentó el asombroso aumento de 25%, hasta alcanzar 2.800 toneladas métricas. En 1997, el UNDCP y los expertos de Estados Unidos calcularon que el 96% de la heroína afgana procedía de zonas bajo el dominio talibán.

Asia Central fue la región más afectada por el tráfico de la heroína afgana. La mafia rusa, que tenía vínculos con Afganistán establecidos durante la ocupación soviética, utiliza sus redes para transportar la heroína por Asia Central, Rusia y el Báltico hasta llegar a Europa. Tayikistán y Kirguizistán

han creado importantes rutas del opio y ellos mismos se han convertido en importantes productores de la droga. Mientras las rutas de exportación se multiplicaban en todas las direcciones, había un aumento espectacular del consumo de drogas en la región. En 1998, el 58% de los opiáceos se consumía en la misma región, y solo el 42% se exportaba. Pakistán, donde no había adictos a la heroína en 1979, tenía 650 mil en 1986, 3 millones en 1991 y, según se calcula, 5 millones en 1999. La adicción a la heroína y el dinero del narcotráfico originaron violaciones de la ley y el orden, así como desempleo, y permitieron que se armaran ciertos grupos sectarios extremistas.

En 1998, el gobierno de Irán admitió que el número de adictos era de 1'200.000, pero altos funcionarios de Teherán informaron que la cifra real se aproximaba a tres millones, a pesar de que Irán tenía una de las políticas antinarcóticos más duras del mundo. Pino Arlacchi, director del UNDCP, ha dicho: «La heroína afgana constituye el 8% del suministro de la droga a Europa, y el 5% del suministro mundial». Junto con el tráfico de drogas, el contrabando tradicional afgano desde Pakistán, y ahora desde los Estados del Golfo, se expandió bajo el dominio talibán y causó estragos económicos en los estados vecinos.

### **Invasión a Irak**

Saddam Hussein es un dictador sanguinario: ha invadido a sus vecinos, ha utilizado armas químicas y bacteriológicas contra su propio pueblo y ha instaurado un régimen policial de censura y de terror. Sin embargo, no es el único gobernante de países como Irán, Siria, Libia, Arabia Saudí, Zimbabwe y un buen número más de Estados africanos y asiáticos, con desprecio y con frecuencia, atropellan los derechos más elementales de sus ciudadanos.

Que Saddam Hussein haya ocultado armas vedadas es probablemente cierto, aun cuando los inspectores de la ONU jamás dieron con ellas, pero que ese régimen, empobrecido por un embargo severo, pudo atentar contra las potencias occidentales y ultimarlas, en términos reales, resulta absurdo y discutible. Y no es que solo Irak se haya hallado bajo sospecha. Por desgracia, India, Pakistán, Israel, Corea del Norte tienen o se ufanan de armamentos atómicos, trasgrediendo con insolente jactancia todos los acuerdos y resoluciones internacionales destinados a frenar la proliferación de armas de destrucción masiva. Por lo demás, si la razón para invadir Irak fue esa, tal vez la prioridad debió tenerla la Corea del Norte, de Kim Hong Il, que, a la vez que reanudaba sus experimentos atómicos, lanzó una desmesurada bravata contra los Estados Unidos y proclamó con publicidad estentórea la gama de todo su armamento nuclear.

«Saddam Hussein debía caer, pero por acción interna de los propios iraquíes», ha dicho el presidente francés Chirac. Por supuesto que una intervención a Irak de esta índole debería haber sido legitimada por las Naciones Unidas, pero la principal oposición de Francia, que amenazó con su veto en el Consejo de Seguridad, cerró todas las puertas a esta posibilidad. Es absolutamente inadmisibile que un pueblo pueda vivir castrado, sumido en abyección, como han vivido los iraquíes durante las tres décadas de la dictadura del Baaz, el partido arabista, nacionalista, fascista y estalinista que, en 1942, en Damasco, fundó el cristiano sirio Miguel Aflak; y es absurdo que haya soportado los 24 años de arbitrario, déspota, y despiadado régimen de Hussein, durante los que, y según la versión del vicepresidente de la Asociación de Prisioneros Libres Abdul Fattah Al Idrissi, entre 5 y 6,5 millones de personas desaparecieron o fueron asesinadas.

«El Islam debe ser respetado», sostiene el ayatolá Mohamed Bakr al Hakim, una de las más altas autoridades religiosas del chiísmo. «Como en Pakistán, Egipto o el Magreb, países islámicos, es ese el tipo de Estado que tendrá Irak. Jamás un gobierno laico contrario a su religión», agrega el ayatolá.

Si Estados Unidos, Inglaterra y España decidieron ensañarse con Irak, es probable que las razones de fondo, más allá del armamentismo nuclear, se hayan sustentado en cuestiones económicas y, por qué no, para aplicar un ejemplar escarmiento que desagravie psicológica y moralmente a Estados Unidos de los horrendos atentados, de la humillación y de los miles de muertos del 11 de septiembre.

Puede esbozarse también la tesis que el proyecto norteamericano invasor postuló hacer del Irak post Saddam Hussein, una democracia funcional que contagiara a su entorno y permitiese una transformación esencial de todo el Medio Oriente. Pero lo cierto es que Irak, después de Arabia Saudí, es el país que dispone de las reservas de petróleo más grande del mundo, y Estados Unidos ya acreditó su «ansiedad petrolera»: tiene puestos los dos pies en Kuwait, el tercer país productor de petróleo en el mundo.

### **Batalla por el petróleo**

Una mirada al mapa económico del petróleo y del gas en la zona del Asia Central y del Cáucaso revela que el futuro de la humanidad y su sostenibilidad en esa materia, a riesgo de otras opiniones, bien puede decidirse en esa parte del mundo.

La desaparición de la Unión Soviética a fines de 1991 dio lugar a dos grandes fenómenos. Por un lado, creó vacíos de poder en regiones como

el Cáucaso (Armenia, Azerbaiyán y Georgia) y Asia Central (Kazajstán, Kirguizistán, Tayikistán, Turkmenistán y Uzbekistán), vacíos que se reflejaron de inmediato en el surgimiento de múltiples conflictos territoriales y étnicos, así como en sangrientas guerras civiles. Por otro lado, hizo aparecer toda una serie de iniciativas diplomáticas y económicas en y hacia dichas regiones, que cuentan aproximadamente, según dicen unos, con las tres cuartas partes de las reservas energéticas mundiales conocidas y que se están convirtiendo en objetivo de las políticas exteriores de varias potencias, tanto próximas como alejadas geográficamente de ellas.

Azerbaiyán y Kazajstán tienen importantes reservas de petróleo y de gas, mientras que Turkmenistán y Uzbekistán son ricos en reservas de gas natural. Las reservas probadas de petróleo de Azerbaiyán se estiman entre 3.500 y 7 mil millones de barriles y sus reservas de gas natural en 30 mil millones de pies cúbicos, que conceden a este país el título de líder en la exportación de hidrocarburos fuera de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) a medio plazo. Kazajstán, que hoy por hoy abastece básicamente al mercado ruso, tiene unas reservas estimadas de 8 mil millones de barriles de petróleo y de 65 mil millones de pies cúbicos de gas.

Las reservas probadas de petróleo en Kazajstán, Turkmenistán, Uzbekistán y bajo las aguas del mar Caspio (aunque sobre estas últimas se hayan presentado dudas) han sido estimadas en unos 25 mil millones de barriles. Azerbaiyán, Irán, Kazajstán, Rusia y Turkmenistán, que comparten este mar interior, debaten sobre la delimitación de sus aguas territoriales y pugnan por la explotación de sus reservas de crudo. La conflictiva fijación de un estatuto legal para sus aguas y sus recursos se reflejan en las posiciones de los países ribereños: Azerbaiyán defiende la tesis de delimitar sectores nacionales mientras que Rusia e Irán propugnan la tesis de la explotación

común de los recursos, algo que les favorecería, dado que las mayores riquezas se encuentran en el sector adyacente a las costas de Azerbaiyán.

Consideradas varias veces superiores a las reservas existentes en Alaska o en el mar del Norte, y solo superadas por las del golfo Pérsico y las de Siberia, estos recursos atraen el interés de los países desarrollados. Además, la conflictividad existente en el golfo (situación de Irak, relaciones entre Irán y Occidente, inestabilidad de las petromonarquías) y las perspectivas de disminuir la producción de petróleo y gas procedentes de dicha región en los próximos años son factores que incrementan la importancia estratégica de Asia Central y del Cáucaso.

El principal problema técnico que existe todavía es que la producción energética de estos nuevos Estados es aún modesta al necesitar todos ellos de apoyo financiero y tecnológico para poder explotar sus recursos y transportarlos, por medio de oleoductos y gasoductos, hacia los mercados de Europa y Extremo Oriente. Las redes de transporte heredadas de la Unión Soviética son hoy insuficientes y están diseñadas para abastecer fundamentalmente al mercado soviético.

Rusia es el otro gran protagonista de esta zona. Tiene claros intereses a los que difícilmente renunciará. Los conflictos y tensiones que Moscú ha mantenido en Chechenia, Armenia, Azerbaiyán o Georgia están relacionados con el interés de ganar posiciones en la explotación actual o futura de recursos energéticos y en sus itinerarios de transporte. Empero, Moscú ha percibido en los últimos tiempos una pérdida de influencia en Asia Central y el Cáucaso, y un sospechoso desembarco estadounidense en la zona. A pesar de sus esfuerzos, el peso político de Rusia al sur de la cadena montañosa del Cáucaso se reduce por momentos. La aproximación de Washington a Azerbaiyán o a Turkmenistán ha irritado a Rusia, mientras que la colaboración de tres

centros científicos rusos con Irán en materia de armamento, advertida en 1999, provocó una de las peores crisis en las relaciones Washington-Moscú desde el final de la guerra fría.

Irán, al lado de Turquía, es el otro actor regional que se debe destacar, y no por ser el más modesto en cuanto a peso político o influencia potencial. Puente natural entre Oriente Próximo y Asia Central, las dos zonas de la tierra con mayores reservas de hidrocarburo, el propio Irán dispone de unas reservas de unos 93 mil millones de barriles de crudo, lo que supone el 9% de las reservas mundiales confirmadas, y de las segundas mayores mundiales de gas, evaluadas en 23 millones de metros cúbicos, después de Rusia. La reciente victoria electoral del reformista Mohamed Jatami facilita el camino al acercamiento occidental hacia el otrora envilecido régimen de Teherán.

El otro gran actor en la región, sin duda alguna, es Estados Unidos. El creciente interés de Washington se detecta, además de en sus ademanes bélicos, entre otros indicadores, en la participación de compañías norteamericanas en los contratos energéticos, y en su fúnebre presencia en territorio iraquí, y tan solo a unos miles de kilómetros de Azerbaiyán, un petroestado estratégico.

Bagdad, martes 29 de junio del 2004 - AFP urgente:

Dos días antes de lo previsto, la coalición transfirió el poder al gobierno iraquí interino en una corta y sobria ceremonia, ayer, anunciada apenas unos momentos antes y realizada en un antiguo palacio del derrocado presidente Saddam Hussein.

Paul Bremer abandonó ayer mismo Irak tras la disolución de la Autoridad Provisoria de la Coalición, organismo que presidió durante 13 meses marcados por la violencia y la inestabilidad.

El aumento de violencia en los últimos días a medida que se acercaba la fecha del 30 de junio, cuando se cedería el poder, fue lo que alteró

la programación del traspaso de mando.

Estados Unidos mantendrá un papel predominante dentro de Irak en los aspectos militar, económico y político.

Con unos 130,000 soldados, representan casi el 90% de las tropas extranjeras en el país.

El embajador John Negroponte llegó a Irak en reemplazo de Paul Bremer para dirigir la misión diplomática más grande del país.

### ¿Y qué hacer...?

Primero, recordar que todo ser humano tiene derecho a la libertad de pensamiento, de conciencia y de religión, derecho que incluye la libertad de cambiar de religión o de creencia, así como la libertad de difundir nuestra religión o nuestra creencia, individual o colectivamente, en público o en privado, a través de la enseñanza, por la práctica, el culto y la observancia. Es este un principio de tolerancia y de libertad responsable que no debemos olvidar.

Asimismo, debemos, de manera esencial, tener presente la maravilla de la oración. La oración es el encuentro de la sed de amor de Dios y de la sed del hombre. Dios tiene sed de que el hombre tenga sed de Él (cf. San Agustín, *quaest* 64.4). La oración que complace al Señor brota de un corazón humilde y de un corazón contrito, porque el hombre, sabedor de que Dios es absoluto, es «un mendigo dichoso del Padre» (cf. San Agustín, *serm.* 56, 6, 9). La oración es acción de Dios y del hombre; brota del Espíritu Santo y de nosotros, dirigida por completo al Padre, en unión con la voluntad humana del Hijo, de Dios hecho hombre. «Sin mí nada podéis hacer» (Jn 15, 5). «Todo lo que pidieréis orando, creed que lo vais a conseguir, y se os concederá» (San Marcos 11,24). Ese es el poder divino, amoroso, absoluto y maravilloso de la oración, remedio y cura de los males del mundo.

Por otro lado, en el plano social, Paul Samuelson, Premio Nobel de Economía, estampó desde 1960, en todo el orbe, una frase de la que el mundo no logra sacudirse: «Tres cuartas partes de la humanidad sufre hambre, literalmente hambre, aún después de la hora de la comida». Ello para no mencionar las terribles, y tantas veces inicuas, carestías de las que padecen los hombres de la tierra en temas como salud, nutrición, educación, agua, desagüe, techo, vestido y, desde luego, desempleo, entre tantos otros males que empalidecen el optimismo de tantos de buena voluntad.

Como señalamos al comienzo de esta exposición, el mundo fatalmente está mal delineado, mal trazado, como consecuencia de la violencia que, tantas veces, ha dividido la riqueza de los pueblos y los derechos y las obligaciones de los hombres. En lo político, se trata de una violencia estructural, solapada o descarada, que intenta vanamente disfrazar las verdaderas razones de la injusticia en el mundo. El hombre es el fin temporal supremo de la sociedad y del Estado. Su dignidad está en su libertad. La dignidad de la persona humana está enraizada en su creación a imagen y semejanza de Dios.

El bien preciado de la vida es un derecho inalienable en todo individuo humano inocente. Este derecho, el derecho a la vida, pertenece a la naturaleza humana y es inherente a la persona en virtud del acto creador divino que lo ha originado. A este mismo rubro, rubro del derecho natural, corresponde el derecho del hombre a su integridad física desde la concepción hasta la muerte. No hay autoridad civil, no hay autoridad política que con fundamento moral pueda decidir contra la vida de un inocente, y ello incluye los casos de guerra interna o externa, en los que solo rigurosas condiciones satisfechas pueden autorizar un comportamiento bélico. El cumplimiento del deber, que constituye un esencial y decisivo mandato ético, y la construcción de la justicia contribuyen a la realización

plena del hombre. La justicia tiene entre sus planos uno de excepcional importancia: la justicia social.

La justicia social se asegura cuando el hombre y la sociedad realizan las condiciones que, en efecto, permiten conseguir a cada uno lo que le es debido, según su naturaleza y su vocación. Pero la justicia social solo puede ser realizada sobre la base del respeto de la dignidad trascendente del hombre, que implica el respeto de todos los derechos que derivan de su dignidad de criatura. Estos derechos son anteriores a la sociedad y se imponen a ella; se trata de una ley natural presente en el corazón de todo hombre, de todo ser humano, y establecida por la razón; es universal en sus preceptos, y su autoridad se extiende a toda la humanidad.

«Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo» es el imperativo central que nos dejó como legado, y nos reclama con amor, el Maestro de la Cristiandad. Aquel deber de hacernos «prójimo de los demás» y de servirlos se torna acuciante cuando nuestros hermanos empobrecidos por el sistema reclaman nuestra contribución, nuestra fraternidad, espiritual y material. Tener, poder y placer no pueden convertirse en el fin supremo del hombre, ya que niegan la naturaleza humana y moral, la violentan y contradicen.

Por desgracia —sostiene Pablo VI— se ha construido en el mundo un sistema que considera el lucro como factor esencial del progreso económico; la concurrencia, como ley suprema de la economía; la propiedad privada de los medios de producción, como un derecho absoluto, sin límites ni obligaciones sociales. Este liberalismo sin freno, que conduce a la dictadura, justamente fue denunciado por Pío XI como generador del “imperialismo internacional del dinero”. No hay mejor manera de reprobar un tal abuso que recordando

solemnemente una vez más que la economía está al servicio del hombre [...]. (*Populorum progressio* 26)

San Juan Crisóstomo nos lo recuerda vigorosamente: «No hacer participar a los pobres de los propios bienes es robarles y quitarles la vida [...]», a ello añade el pensamiento de nuestra Iglesia que es preciso «satisfacer ante todo las exigencias de la justicia, de modo que no ofrezcamos al prójimo como ayuda de caridad lo que le debemos a título de justicia» (*Apostolicam actuositatem* 8).

El cristianismo no es capitalismo ni neoliberalismo ni socialismo sin Jesús. El cristianismo es amar a Dios sobre todas las cosas y tratar de verter en el hermano todo el plan de amor, de caridad, de justicia, de bien y de paz que nuestro Padre Dios, lleno de la más excelsa e infinita bondad, nos legó desde antes de su nacimiento en Belén, y hasta hoy y siempre, después de la Cruz, en la que exhaló el último de sus suspiros para redimirnos del pecado.

### Sumilla de ideas básicas

1. Por el pecado del hombre, el mal adquiere un cierto dominio sobre este, pero pese a ello, el hombre permanece libre.
2. La persona humana es, en lo temporal, el fin supremo de la sociedad y del Estado. La vida humana desde su inicio es fruto de la acción creadora de Dios, por ello, nadie en ninguna circunstancia puede atribuirse el derecho de matar de modo directo a un ser inocente. La dignidad del hombre reposa en su libertad.
3. Es la violencia, a través de diversas manifestaciones, la que ha dibujado el mundo y ha contribuido a demarcar fronteras, derechos y obligaciones entre los hombres.

4. El cristianismo, con su hondo contenido espiritual, nos enseña que el primero y el mayor de los deberes del hombre es amar a Dios y al prójimo como a uno mismo. La caridad es la virtud por excelencia.
5. Existe una ley natural, anterior al hombre y a toda asociación política, que nos señala deberes y derechos fundamentales inexorables: el derecho natural, de este brotan los derechos y los deberes humanos esenciales.
6. Es un grave error ignorar que el hombre posee una naturaleza herida e inclinada al mal, ya que tal inclinación da lugar a graves desarreglos en la sociedad humana.
7. Todo ser humano tiene derecho a la libertad de pensamiento, conciencia y religión.
8. La oración a Dios como glorificación al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, y como remedio providencial del hombre y de la sociedad es un camino único y maravilloso hacia Dios: «Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid para que vuestro gozo sea completo» (Jn 16, 23-24).
9. En el plano humano, la justicia social se asegura cuando el hombre y la sociedad realizan las condiciones que, en efecto, permiten conseguir a cada uno lo que le es debido, según su naturaleza y vocación. El mundo requiere de una real y honesta revolución, enteramente pacífica y firme, que asegure el logro de la justicia social. Seguir a Jesús es el camino.